

desearlo, podíamos ir á dormir aquella noche, y hasta llegar á la hora del teatro, á cualquiera de tan famosas capitales.—Génova, que era la mas lejana, distaba solo seis horas del lugar en que nos hallábamos.

Pero ya no había que dudar. Nuestros billetes eran para Turin.

De Arona á Novara se emplea una hora.—El paso que media entre ambas ciudades es monótono, llano y muy feraz.



Puente sobre el Po, en Turin.

A la izquierda del camino de hierro, corre el anchuroso *Tesino*.

Este célebre rio nace en el *San Gotardo*; da nombre á un canton de la Suiza; alimenta el *Lago Mayor*; traza la frontera de la Lombardia y del Piemonte, y va á morir en el Po, á poca distancia de los muros de Pavia.

¡Y cuánta sangre ha teñido sus ondas en todos tiempos! ¡Cuántas veces la han pasado ejércitos poderosos, ora en son de guerra y de conquista; ora fugitivos y deshechos!—Esos verdes campos de la Lombardia que miro dilatarse al otro lado del Tesino, y esta llanura que vamos atravesando, han visto luchar á Anibal con Escipion, á los lombardos con Carlo-Magno, á Güelfos y Gibelinos, á la *Liga Lombarda* con Barbarroja, á Francisco I con Carlos V, y á Napoleon el Grande con el Austria.

¡Y aquí fue precisamente donde, hace once años, Carlos Alberto sufrió la

terrible y gloriosa derrota de *Novara*... ¡Y allí fue precisamente donde el año pasado, el rey Victor Manuel vengó á su padre y á su patria, enseñoreándose de la llanura de *Magenta*, cubierta de cadáveres austriacos!

Magenta y *Novara* se miran aquí frente á frente.



Victor Manuel, rey de Italia.

El Tesino corre magestuoso entre los dos campos de batalla...

Allá se distingue el puente de *Bufalora*, de inmortal renombre...

En él debió de aparecerse á Napoleon III la sombra del primer Napoleon en toda su guerrera magestad, mostrándole los ejércitos confundidos entre el humo del combate, y diciéndole melancólicamente:—«Así fue toda mi vida. Ahí tienes el secreto de mi gloria.»

A las cinco llegamos á Novara.

Aquí la tentación de mudar nuestro itinerario fue todavía mayor que en Arona.

Estábamos á hora y cuarto de Milan, y aun nos faltaban cinco horas para llegar á Turin, —teniendo en cuenta hora y media que habíamos de estar detenidos en Novara...

Confesad que la seducción era poderosa.

Con pena, pues, vimos salir un tren para Alejandría y Génova, y otro para Milan; pero una vez libres de ellos, nos alegramos de haber sido fuertes contra nuestro deseo.

Dejar el Piamonte á nuestra derecha, y engolfarnos en la Lombardia, era una verdadera calaverada; pues nos esponíamos á sufrir en Milan la atracción de Venecia, en Venecia la de Bolonia, en Bolonia la de Toscana, en Toscana la de Roma y en Roma la de Nápoles; y entonces, ó no veíamos nunca á Turin, ó lo veíamos demasiado tarde.

Lo natural era lo que íbamos á hacer: visitar antes que nada la capital del nuevo reino, y conocer el pueblo impetuoso que estaba influyendo en toda la península.

Novara es una viejísima ciudad defendida por un castillo. Tendrá de quince á veinte mil almas. Su catedral fue construida en el siglo V; pero las restauraciones la han arrebatado completamente el noble sello de tan venerable senectud.

En el *Bautisterio* ó capilla bautismal (que en todas las catedrales antiguas de Italia es un edificio separado, aunque próximo á ellas, con arreglo á la antigua disciplina), se ve representada la Pasion por unos grupos de esculturas pintadas, que tienen tanto renombre entre la gente lega en artes, como poco mérito á los ojos de los artistas.

Aquellos son los famosos *Santos de Novara*, de que se oye hablar desde los Alpes hasta Sicilia.

En los pueblos de Andalucía se veneran también grupos de imágenes por el mismo estilo, las cuales son llamadas generalmente *Pasos de Semana Santa*.

Como todavía era domingo, las calles de Novara estaban llenas de gente que volvía de paseo, luciendo el fondo del cofre, ó sea sus mejores trajes.

La lentitud y magestad con que andaban señoras y caballeros; las conversaciones casi al oído que mantenían entre sí las jóvenes hermosas; las escoltas de galanes que las seguían, y los diálogos, saludos y miradas que se cruzaban de la calle á los balcones, daban perfecta idea de la vida de provincias, —donde todos se conocen; donde los afectos son tan profundos y los amores tan platónicos; donde las gentes se ven cuando menos todos los domingos, pero no se hablan en años enteros; donde la etiqueta, en fin, hace casi siempre las veces de la educación, como en las grandes capitales la educación hace las veces del amor y de la amistad.

Las damas de Novara iban *en cuerpo* y llevaban también mantillas negras de blonda, que no les cubrían sino hasta la mitad de la espalda, dejando ver unos

talles largos y esbeltos, flexibles y voluptuosos como los de las hijas de Valencia.

Este traje tan sencillo, compuesto solamente del vestido y de la mantilla, cuadraba perfectamente á la elevada estatura, á los negros cabellos y al descolorido rostro de aquellas beldades un tanto novelescas.

Muchas de ellas hubieran podido servir para heroínas de melo-drama.

En hacer estas observaciones y tomar un refrigerio en un café, pasamos el resto de la tarde.

Durante mi permanencia en el café, llamé la atención el gran número de clérigos que en él había, todos vestidos con levita, calzón corto, zapatos de hebilla y ancho sombrero pastoral de estendidas alas.

Estos clérigos no se parecían en nada á los de España.

Su aspecto era alegre, expansivo, desembarazado, hasta picante.

Los unos fumaban, los otros reían y charlaban ruidosamente; estos refrescaban con sosiego; aquellos leían y comentaban los periódicos.

Los había también que jugaban al billar.

Los paisanos veían todo esto sin estrañeza.

Se diría que en Italia los clérigos y los legos se conocen de más tiempo ó se tratan con más confianza que en nuestro país.—Ni de una parte hay tanta reserva, ni de la otra tanto respeto.—Unos y otros son, como quien dice, *mas despreocupados*.

El mismo traje de los eclesiásticos contribuye mucho á desposeerlos de severidad.—Yo lo encuentro hasta más gracioso y elegante que el de los seglares.

Aquellas piernas ceñidas por la aristocrática media de seda, aquella graciosa levita con esclavina, aquel ajustado chaleco, aquella muceta blanca, aquella larga cabellera, que cae á los lados de un rostro afeitado pulcramente y en que los ojos aterciopelados se destacan con energía; aquella cadena de reloj, aquellos lentes de oro y aquel charolado zapato, forman un conjunto mucho más agradable, más artístico, más ventajoso para la figura, que nuestros pantalones cuadrados y nuestro sombrero de copa.

Y por supuesto, escluyen completamente la grave austeridad é imponente misterio que los hábitos talaes y el sombrero de canal prestan á los sacerdotes españoles.

Con que prosigamos.

Decía, pues, que se nos pasó como un soplo el resto de la tarde.

A las siete menos cuarto salimos definitivamente para Turin.

Hacia luna... lo cual no debe estrañaros, pues ya recordareis que pocos días antes habíamos saludado el cuarto creciente desde las inmediaciones del *Mont-Blanc*.

El astro melancólico blanqueaba las llanuras que hay á la salida de Novara.

Aquellas llanuras eran el teatro de la lúgubre batalla á que hace poco aludimos.

Allí estaban enterrados miles de austriacos y de piamonteses.

De allí apartaron á Carlos Alberto la triste noche del 25 de marzo de 1849... aquella noche en que el *rey magnánimo*, como se le llama en Cerdeña, buscaba la muerte entre las bayonetas enemigas, no queriendo sobrevivir á su hermosa ilusion de hacer independientes y libres á todos los italianos!

En aquel campo, en fin, pensaria el bravo monarca, cuando, despues de abdicar su corona en el hijo que habia de vengarle, moria de pesar, de desesperacion y de amor patrio en el triste destierro que se impuso.

A poca distancia de Novara, el camino de hierro dejó de dirigirse al Sur y se volvió hácia Poniente.

Teníamos que desandar mucha parte del gran rodeo que habíamos dado en los dias anteriores para saltar los Alpes.

Es decir, que íbamos á ver á lo lejos y por sus vertientes del Mediodia, casi todas las montañas que habíamos visto de cerca y por sus vertientes del Norte.

Turin viene á estar bajo el mismo meridiano que Sion.

Hay para el viajero un verdadero placer en buscar en el Mapa el lugar por donde va andando; ver allí marcada una ciudad, señalado un rio ó delineado un monte; volver la cabeza en la direccion indicada, y encontrarse efectivamente con el monte, con el rio ó con la ciudad.

Yo he experimentado este placer muchas veces, y la primera ha sido esta noche.

Reconoci, pues, uno por uno y al través de la vasta llanura que me separaba de ellos, el *Simplon*, el *Monte Rosa*, el *San Bernardo* y el *Mont-Blanc*... todos aquellos amigos míos (ya podia nombrarlos asi), cuyas blancas cimas, plateadas por la luz de la luna, me recordaban minuto por minuto los cinco dias que habia pasado entre ellos.

En cuanto al terreno que íbamos atravesando, consistia en unos arrozales estensísimos, que están inundados la mitad del año por las aguas de *Sesia* y del *Ogogna*.

Al término de aquella comarca hicimos alto en *Vercelli*.

Este nombre suscitó tambien en mi mente algunos pálidos recuerdos de las cosas que aprendí cuando viajaba por la Historia.

A las puertas de *Vercelli* derrotó Mario á los Cimbrios.—Es decir, que hace veinte siglos, ya corria en estos campos la sangre teutona mezclada con la latina.

Los cimbrios que escaparon de aquel terrible combate, tuvieron por conveniente refugiarse en España, donde, si no me equivoco, no fueron mejor recibidos...

De lo que sí me acuerdo es de que *Vercelli* ha sido tomada dos veces por los españoles; la primera, en tiempo de Felipe IV, y la segunda, durante la Guerra de sucesion.

Pero fuera el cuento de nunca acabar, si yo hubiera de citar una por una todas las glorias de España que recuerda el territorio en que he penetrado.

Baste decir que desde los Alpes hasta el Etna, apenas hay un pueblo, un arroyo, una montaña que no hayan regado con su sangre nuestros mayores.—En

Turin como en Milan, en Nápoles como en Roma, ha tremolado en un tiempo la bandera de Castilla.—Cuando el nieto de los Reyes Católicos daba sus leyes á dos mundos, este poderoso reino de Italia que no acierta á constituirse, era una de tantas provincias españolas...

¿Qué nos valió!

Respondiéndome estaba yo á esta pregunta, con los ojos fijos en las luces que se veian sobre las murallas de *Vercelli*, cuando el pito de la máquina me sacó de dudas y el tren siguió su camino.

Horá y media despues llegábamos á *Chivasso*.

De allí en adelante empezamos á ver á nuestra izquierda un ancho y poderoso rio, que ya no nos abandonó hasta Turin.

Era el *Po*.

De sus copiosas aguas se desprendia una vaga niebla que empañaba la claridad de la luna, impidiéndome ver el paisaje.

—¡Salud al *Po*! díjeme al descubrirlo. ¡Salud al viejo *Eridano*, sepulcro de la soberbia de Faeton! ¡Salud al mas potente de los rios de Italia!

El *Po* nace en el *Monte Viso*, á pocas leguas de Turin; recibe en su seno mas de cien rios desprendidos de toda la cadena de los Alpes, y recorre la Alta Italia de un extremo á otro, hasta ir á morir en el Adriático.

En aquel momento iba yo viajando en contra de su corriente; pero sabed que mas tarde seguiré su mismo curso; le acompañaré en su marcha de cien leguas; le saludaré en Pavia, en Piacenza y en Ferrara, y llegaré con él á avistar las saladas ondas que estrechan en sus brazos á Venecia.

A todo esto, Turin se nos venia encima.

Las casas de campo principiaban á menudear á los dos lados de la via férrea...

Largas hileras de luces de gas brillaban tenuemente en el brumoso horizonte...

Los ruidos de la capital empezaban á percibirse á lo lejos...

Y la máquina silbaba como un dragon en agonía,—si es que los dragones acostumbran á silbar.

—¡*Torino*! ¡*Torino*! gritaron al poco tiempo los empleados. ¡Preparad vuestros billetes!

—Estamos en Turin, digimos á nuestra vez todos los viajeros.

Y el techo de la estacion resonó sobre nosotros, y el tren hizo alto, y la máquina dió un largo resoplido como si se muriera, y se abrieron las portezuelas de los coches, y saltamos al anden del mismo modo que si hubiéramos llegado á otra cualquier parte.

En la capital de la reciente Italia eran las diez y tres minutos de la noche.

Al salir de la estacion nos encontramos en una anchísima esplanada, toda llena de coches de alquiler, entre los que se veian muchos en cuyos grandes faroles se leian los nombres de los principales hoteles de Turin.

Nosotros habíamos decidido ir á parar al *Hotel d'Europe*, dirigido por el señor *Trombetta*, cuya fama es universal.

Dirigímonos, pues, á su coche, y ya ponía yo el pié en el estribo para subir á él, cuando me senti detenido por unos robustos brazos, y oí que una voz, nada española por el acento, me decia en español estas palabras:

—¿Cómo estás?

Me volví, y á la incierta luz de la luna y del alumbrado público, me encontré con un extraño personaje, elegantemente vestido de negro, alto y fuerte como un Sanson, moreno hasta rayar en mulato, y cuyos ojos de león, cuyos dientes de marfil y cuya hermosa barba, azulada como las plumas del cuervo, recordaba yo haber visto en otra parte.

—¿Y Caballero? ¿No venir contigo? continuó preguntándome aquel hombre, con una espresion de cariño, de inocencia y de bondad en la mirada y en la risa, que contrastaba vivamente con su formidable figura.

—¿Jussuf! ¿Eres tú? exclamé yo entonces reconociéndole.

—Sí, sí... yo soy Jussuf, respondió mi aparecido con una alegría infantil.

Imaginaos mi sorpresa.—Jussuf era un marroquí de pura sangre, que habia yo conocido en Africa, donde vestia jaique, turbante y babuchas.—Durante la tregua que medió entre la batalla de Tetuan y la de Vad-ras, aquel moro, que nos habia combatido hasta entonces como una fiera, vino, como otros varios, á nuestro campamento; se aficionó á nuestras costumbres; intimó mucho con mi amigo don José del Saz Caballero (por quien acababa de preguntarme); vivió en su tienda; declaróse neutral en la última batalla, y allá me lo dejé cuando abandoné el ejército.

En cuanto al resto de su historia, él mismo se apresuró á contármelo, resultando de todo, que Caballero se lo habia traído á Europa en calidad de picador; que habia recorrido con él toda España, toda Francia y toda Suiza; que en España habia hablado á la reina; que en el *Mont-Blanc*,—donde se hallaba, vestido todavía de moro, cuando lo visitaron los emperadores franceses,—habia conversado con Napoleon y Eugenia; que en virtud de estos antecedentes, habia solicitado de su amo (él decia de su amigo), que le vistiese á la europea; que esto tuvo lugar en Milan hace pocos días; que con aquel traje y su hermosura mora era el rey de todas las doncellas y criadas de los hoteles en que iba á parar; que Caballero se habia separado de él hacia dos semanas, y debia llegar á Turin de un momento á otro; que él conocia ya la capital del Piamonte como si hubiera nacido en ella, y que vivia en el mismo hotel á que nosotros nos dirigíamos; que nos serviria de *cicerone* y nos diria dónde estaban el gobierno de España, (la legacion española,) el teatro, el paseo, el café y cuanto pudiéramos desear; y en fin, que se encontraba muy aburrido sin Caballero; pero que ya empezaba á hablar el francés y el italiano, y se hacia entender de todo el mundo.

Esta relacion, dicha medio en español, medio en árabe, y salpicada de algunas frases francesas ó italianas, nos entretuvo desde la estacion hasta el hotel.

Yo reparé, sin embargo, que habiamos pasado por hermosísimas calles, todas rectas y profusamente alumbradas, llenas de gente, de carruajes y de tiendas, y que el *Hotel de Europa*, en cuyo patio penetró el coche y donde escribo

estas líneas, se halla situado en una estensa plaza, rodeada de arcadas ó portales como la plaza Mayor de Madrid.

La impresion que hasta ahora me ha hecho la capital del Piamonte es sumamente favorable.—Todo lo que he observado en ella desde la estacion del ferrocarril hasta mi aposento, revela una gran riqueza pública, una refinada civilizacion, y un notable espíritu de orden en todas las cosas.—Los empleados del ferrocarril y los del hotel no ceden en serviciales y atentos á los franceses, pero son menos charlatanes.

Para concluir por hoy, os diré que cuando ahora poco cenábamos en el comedor (que es un vasto salon, verdaderamente regio), hemos visto cruzar por él una elegantísima dama, de singular hermosura, coronada de flores y envuelta en un lujoso capuchon blanco, la cual iba precedida de un criado con luces y seguida de un lacayo muy compuesto.

Era una duquesa florentina que volvia del teatro, y cuya habitacion se halla debajo de la nuestra.

Yo me inclino á creer que la aparicion de esta beldad aristocrática en semejante momento,—cuando llevamos tantos dias de rodar por valles y montes, lejos de los artificiales encantos de la sociedad,—habrá contribuido en gran parte á hacerme ver ó adivinar á Turin al través de un prisma tan optimista y lisonjero.—¡Es tan fácil de engañar nuestra loca imaginacion!

Como quiera que sea, ya solo debemos pensar en acostarnos.—¡Harto hemos visto y pensado durante el larguísimo dia que terminará dentro de pocos minutos!

Hace diez y ocho horas que despertábamos en Baveno...—Desde entonces... ¡Cuántas y cuán varias emociones!...

El *Lago Mayor*, reverberando un sol de fuego, que ahora alumbra á los antipodas... la misa y el almuerzo en las *Islas Borromeas*... la ribera lombarda... nuestra permanencia en *Stresa*... nuestra detencion en *Arona*... la estatua de *San Carlos*... el *Tessino*... el café de *Novara*... el horizonte de *Magenta* esclarecido por la luna... *Vercelli*... el *Po*... nuestra llegada á Turin... ¡cuántas y cuántas cosas en un solo dia!—¡A mí me parece que ha pasado un mes desde que amaneció hasta ahora!

Pero hagamos punto redondo; demos al olvido todo lo que hemos visto hoy, y durmámonos pensando en lo que hemos de ver mañana.

II.

Turin.—Resumen de su historia.—Un paseo por la ciudad.—Emmanuel Filiberto de Saboya.—El Palacio Real por dentro.—Turin á vista de pájaro.—Las inglesas de Martigni.—Una ópera en Italia.—Jussuf.

Turin, 22 de octubre.

Mi primer cuidado esta mañana,—no bien Dios y su profeta Morfeo me permitieron abrir los ojos,—fue hacerme traer una Guia y un plano de Turin.